

Aunque el estudio de Manuel Olgúin se hubiera centrado sólo en el tratamiento de *El Deslinde*, eso hubiera bastado para recibir el respeto y la consideración de los estudiantes y estudiosos de la obra de Alfonso Reyes, humanista y teorizador de la literatura.—*Rosaura Mendoza C.*

■

“MOTHER AND SON”, de *I. Compton-Burnett*

Es esta la última novela de una eximia escritora inglesa contemporánea, relativamente desconocida en los pueblos de habla hispana. Los críticos de su propio país, incluso, se han demorado años en reconocer la calidad y habilidad extraordinarias de esta mujer que, a lo largo de tres décadas, ha venido escribiendo, calladamente, novelas con títulos sobrios y ambiguos. Recordamos entre ellas a *Brothers and Sisters*, *Men and Wives*, *More Women than Men*, *Daughters and Sons*, *A Family and a Fortune*, *Parents and Children*... y ahora, *Mother and Son*.

Las obras de Ivy Compton-Burnett llevan un sello personalísimo que se resiste a cualquier encasillamiento dentro de las clasificaciones usuales; es un caso aislado y único en el historial literario de Inglaterra. Siempre tuvo adeptos —ya en 1929 Arnold Bennett la señaló como una gran novelista— pero ellos pertenecieron a la “élite”, a la selecta minoría de lectores sensibles a la calidad sutil y escurridiza, de captación difícil, más compensadora. En el curso de los últimos diez años sus obras han llegado tardíamente a la masa del público, merced al creciente interés de los críticos que escriben en diarios y revistas de gran tiraje. No obstante, las características de su obra son tan peculiares como para disuadir a muchos de seguir leyéndola, y por tal razón Miss Compton-Burnett no será nunca una escritora de aceptación universal. Deleita, pero también repele. Sus personajes viven en un mundo postvictoriano de casas amplias y grises, con el protocolo estricto que rige los ambientes de una clase

aristocrática algo desmejorada; es esta la superficie. Pero en toda novela de jerarquía existe un mundo interior que se vislumbra a través de las relaciones de los personajes, un mundo cósmico que emana destellos penetrantes y reveladores de profundidades pocas veces visibles. Todo gran escritor posee una visión interna de la cual tiene conciencia en mayor o menor grado; ella trasciende cuando se examina la naturaleza de sus personajes. Y la visión interna de Ivy Compton-Burnett es esencialmente aterradora. Su mundo está poblado por seres singularmente desprovistos de calor humano, de sentimientos desinteresados. *Mother and Son*, como los libros anteriores, posee humor; pero no hay alegría. Sus personajes, casi sin excepción, no trascienden optimismo y aun sus risas parecen forzadas. En un ambiente singularmente parco de amor se debaten los personajes empeñados en lograr sus respectivos propósitos, que son, por naturaleza, egoístas. Y sucede que la maldad, en contraposición a una convención estético-moral que se observa en la literatura, queda impune. Tarde o temprano el transgresor recibe su castigo; es un principio enraizado en las religiones del mundo y que forma parte esencial de nuestra conciencia cristiana. El crimen hará recaer el castigo, no siempre inmediato o en forma prevista; pero castigo habrá.

Las novelas de Ivy Compton-Burnett se desentienden de tal fórmula, primando en ellas los personajes de voluntad fuerte y socialmente nociva, que hacen valer sus instintos y ambiciones por sobre los débiles y los pobres. Este rasgo fuertemente realista forma un curioso contraste con sus argumentos un tanto rebuscados y artificiales.

En *Mother and Son* la octogenaria Miranda Hume está casada con un hombre esencialmente bueno, Julius, doce años menor que ella. Durante una larga vida Miranda ha regido los destinos de su casa con autoridad estrictísima. Su hijo, Rosebery vive, solterón, a sus pies, incapaz de independizarse. Sentimos en carne propia la soberbia de Miranda Hume en el primer capítulo, cuando ella entrevista a Miss Burke, mujer sensata y normal que se ofrece como dama de compañía. Los caracteres diametralmente opuestos dan lugar

a un diálogo magnífico en que la novelista exhibe un conocimiento profundo del corazón humano. Una de las características inconfundibles de nuestra escritora es el hecho de que sus personajes dicen exactamente lo que piensan, sin atenuar el significado de sus ideas con eufemismos o clisés. La verdad descarnada que pasa fugazmente y enciende los ámbitos del ser antes de apagarse en las aguas del buen decir, forma la médula de sus diálogos y le imprimen un ritmo rápido, tan excitante como revelador, y tan delicioso como refinado.

Los niños abundan en sus obras —parecen actuar en calidad de coros griegos, comentando la acción— y sus conversaciones son también estilísticamente perfectas. Jamás existieron párvulos que hablaran de manera tan pulida, con un dominio tan acabado del idioma; pero tal es su perspicacia, tan aguda su intuición psicológica, que las cualidades antedichas se anteponen a toda otra consideración. El niño pronunciará de súbito una frase, un concepto, reveladores de una bajeza e injusticia humanas que han pasado inadvertidas, hechas ya costumbre.

En *Mother and Son* hay tres niños. Julius les proporciona un hogar porque son, le dice a Miranda, los hijos de su difunto hermano. Ella les tiene aversión, pues siente que existe una profunda simpatía entre su esposo y ellos. Poco después la autoritaria Miranda predice su propio deceso, y ante la inevitabilidad del hecho, Julius le hace una confesión terrible: los tres niños son hijos suyos, el producto de un amor tempestuoso que tuvo como causa la falta de cariño y comprensión conyugal. A la muerte de Miranda, el desconsolado Rosebery encuentra una carta que prueba que él no es hijo de Julius; Miranda también ha cometido un pecado similar al de Julius. El argumento, como podemos ver, es de corte melodramático y las acciones se suceden rápidamente, proporcionando al lector una serie acumulativa de *shocks* emocionales. La novela que nos ocupa se diferencia de las anteriores en que los personajes siguen un proceso de evolución de acuerdo con los sucesos que afectan a sus personalidades. Rosebery es al comienzo del libro una figura un tanto

patética, ridícula, pomposa; pero terminadas las acciones y como consecuencia de ellas adquiere una dimensión en profundidad, una madurez, que le convierten en un personaje amable y digno del respeto general.

Vayan estas breves notas explicativas a manera de introducción a la obra de una escritora que merece el reconocimiento de los espíritus sensibles. Algunos admiradores hablan de Tolstoy al comentar su profundo contenido moral y psicológico; tal vez sea una comparación exagerada; pero pertenece indiscutiblemente a la pléyade de novelistas inglesas inmortales: Jane Austen, las hermanas Brontë, George Eliot, Virginia Woolf y Elizabeth Bowen.—*Arturo Tienken*.



“HUSSERL”, de *Marvin Farber*. Traductor: José María Coco Ferraris.  
Ediciones “Losange”, Colección: “Filósofos y Sistemas”,  
Buenos Aires, 1956

Para el lector de temas filosóficos, el encuentro con Husserl y la fenomenología implica una primera desorientación de nominaciones. De primera instancia la fenomenología se nos presenta como un idealismo que busca esencias, pero esencias en sus existencias. Aparece como una superación del positivismo disolvente, pero ella misma quiere ser un positivismo llevado al límite de sus posibilidades inquisitivas. Es una filosofía trascendental que suspende el juicio, evitando partir de supuestos previos en su afán de ir a las cosas mismas. Pretende dar fundamentos sólidos a las ciencias y a la filosofía misma, devolviendo la fe en la razón como facultad ordenadora y sustantiva del mundo de las concepciones. Esta última actitud la entronca con el cartesianismo con el cual ofrece interesantes aproximaciones.

La otra desorientación del lector poco avisado proviene de las distintas posiciones que progresivamente va adoptando Husserl en el curso de su pensamiento. La honradez intelectual del maestro ger-